

mico de la legua que nunca tiene mas ajuar que los cofres de su equipaje.

La luz ardia descuidada léjos de nosotros, danome en las espaldas y bañando el semblante de Lola, sentado en una silla baja cerca de mí.

—¿Quiénes son mis padres?—comenzó á hablar Lola con la mayor indiferencia—Dicen que conocí á mi madre y que la perdí siendo muy chica. Que sé yo. Cuando tenia doce años estaba reducida á la miseria, viviendo por el favor de unas mugeros que me permitian dormir en su casa y me daban de comer porque les sirviera como de criada; pero me tenian descalza, sucia y andrajosa. No sé por qué era tan inútil para los trabajos fuertes; todo me cansaba y me lastimaba; razon por la cual mis huéspedas me regañaban continuamente, y me daban ménos que lo necesario para vivir.

Tampoco sé cómo me conoció Ramirez; de repente lo ví en casa de aquellas mugeres, á cuya casa fué con pretexto de mandarse hacer unas camisas.

Comenzó á hablarme con afabilidad, á hacerme algunos pequeños regalos, y á interesarse visiblemente por mi situacion.

Con las propinas que me daba pude comprar unos zapatos, cuya falta era mi martirio; y comprar tambien alguna golosina para matar el hambre que muchas veces me acozaba.

Cuando Ramirez se informó de que yo no era mas que una huérfana, que vivia arrimada, me propuso llevarme como criada,

—¿Y las mugeres te dejaron?

—¿Qué les importaba yo? Casi ganaban con mi ausencia; en nada les ayudaba, no por flojera, sino por falta de fuerzas, y cuanto me daban era por verdadera caridad. Yo por otra parte veía toda la bondad con que él me trataba, y siquiera por variar de desgracia consentí y me apresuré á seguirlo.

Entónces supe que era un cómico.

En su casa siguió tratandome con la misma afabilidad, y de luego á luego me procuró un vestido ménos indecente. Toda la tarea á que me dedicó fué coser su ropa.

Comenzaba yo á ser bonita y á ser muger: el criado comenzó á hacerme cocos; pero tan pronto como Ramirez pudo observarlo lo despidió é hizo venir á otro, para el cual ya aparecí bajo diverso aspecto.

Poco á poco fué haciendo de mí mayor confianza. Antes casi no tenia vida doméstica: él comia y muchas veces dormia en la calle. Despues nos sentabamos juntos á la misma mesa, fué haciendome dueño hasta de su gaveta, y mi equipage se iba mejorando sucesivamente, así como el ajuar de la casita en que viviamos y de la que pocas veces salía yo.

Trabajaba poco, lo cual estaba en armonía con mi estraña delicadeza y con mis inclinaciones; tenia un vestido limpio, una mesa suficiente, un criado que mandar: gozaba de mil comodidades, de una vida en fin deliciosa y tranquila. No conocia otra

mejor, y la comparaba con mi pasada miseria.

Después me comenzó á llevar al teatro, y él mismo solia darme algunas lecciones de tocador. O bien me dejaba en un palco ó una galería con la familia de alguno de sus compañeros, ó bien me llevaba á su cuarto de vestuario, donde le ayudaba á vestirse los gregüescos y la golilla, ó á pintarse las arrugas y los lunares.

Todos estos secretos de entrebastidores me sorprendian y me cautivaban.

Los brillantes vestidos de las damas, sus aderezos de oropel, sus coronas de carton, eran objetos de mi admiracion y mi envidia.

Los gritos de los tramoyistas, las carreras de los comparsas, las mil luces sembradas por todas partes, la alegría y el lujo de la concurrencia, la actividad, el desórden, la bulla de todo el teatro, era para mí un espectáculo nuevo, picante, fascinador.

Bien pronto se desarrolló con el ejemplo el deseo de agradar, y con poco trabajo aprendí á utilizar para mi compostura los pocos efectos de mi guardaropa. Ramirez aplaudia mis adelantos y los fomentaba multiplicando sus regalos.

Mi tez se habia suavizado y emblanquecido, mis manos recobraban su lisura y su color rosado; mis formas todas embarnecian, mi semblante habia adquirido un aspecto de frescura y alegría.

Era natural; vivia yo en la limpieza, la comodidad, el placer.... Sin temores ni remordimientos.

Algunas veces me preguntaba el origen de mi fortuna, de los favores de aquel hombre; pero no hallando una pronta esplicacion, me abandonaba otra vez á mi fortuna, cerraba los ojos al porvenir, como el disipado los cierra al meter la mano en la última talega, para no saber cuando se agotan su fortuna y su alegría.

Así habia pasado un año y yo ya tenia trece.

¿Me amaré este hombre?.... Pero jamas me dice una palabra. ¿Será por ventura mi padre, mi pariente?.... ¿Por qué ocultarmelo?.... Y sin embargo, lo que hace conmigo no es una simple caridad.

Yo no tenia parientes, ni amigos, ni conocidos; á nadie veia; nadie me visitaba: mi mundo era mi casa y el teatro.

Algunos compañeros y amigos de Ramirez, atraidos por mí seguramente, intentaron turbar mi tranquila soledad: él les cerró bonitamente la puerta, y yo sin descos todavía, y queriendo pagar su generosidad dandole gusto, evité tambien las ocasiones.

En el teatro me decian al pasar mis chuleos, mis requiebros, y aun mis promesas: yo no atendia sino á divertirme, y á aderezar lo mejor que podia los trajes de Ramirez.

Sus galenes, sus cintas, sus plumas me lo hacian interesante; y la noche que lo veia de rey, mandando veinte mites vestidos de caballeros, y sentado sobre un trono de tablas y carton, me soñaba yo

la reina, y me enorgullecia con poder tentarle las barbas postizas, y hablarle cara á cara.

Por fin, mi existencia mejoró hasta un grado que nunca imaginé. Trages, si no magníficos, bastante bonitos; una mesa abundante y variada; una criada para mi servicio; y de vez en cuando solía darme el brazo para llevarme al Prado ó á los toros.

Esto era mucho. Mil veces me ví tentada de preguntarle el motivo de sus favores, y cuando acabarian; pero aun estas dudas, demasiado fundadas, me parecian una ingratitud, y me conformaba con obedecer, prevenir su voluntad, manifestarle mi agradecimiento á fuerza de cuidados, ternura y sumision.

Ya era yo una muger, tenia mas de catorce años y no sabia ni leer ni escribir. Ramirez se hizo mi maestro; y este nuevo lazo intimó mas nuestras relaciones. Ponia tal blandura, tal eficacia en sus lecciones, que pronto hubiera aprendido; pero los dos procurabamos prolongar mi enseñanza, pasando muchos ratos mas bien en conversaciones y juegos, que en ocuparnos seriamente del objeto.

Casi era paternal el amor que le habia yo cobrado; aunque sentia un placer desconocido, violento con sus cariños. Yo misma me reprimia creyendo criminal esa sensualidad, y me reprendia mi ligereza, creyendo empañar la pureza de su afecto.

Estaba yo en la edad en que comienzan á sentirse los primeros impulsos de la carne sin que la

reflecion ni el pudor repriman sus arranques; en esa edad en que al contacto de un hombre se despiertan los instintos, y sin afecciones, sin sentimentalismo, sin simpatías, se desea satisfacer una necesidad, mas bien que un capricho.... Cuando tengas hijas—e interrumpió violentamente—guardalas en esa edad: despues solas ellas se guardarán si tienen vergüenza.

—Bien, bien: aprovecharé el consejo.

—Ramirez por su parte se contentaba con escitar mi sensibilidad, con irritar mi organizacion, sin hablarme una palabra de amor, y llegó á conseguir que yo misma buscase sus caricias, y provocase su sen ualidad de cincuenta años.

Por fin, un dia....

—¿Por fin?...—pregunté con interes, viendo que se detenia.

—Por fin me propuso un dia hacerme cómica...

—¡Ah!.. Creí...

—Despues: despues. Me propuso hacerme cómica, enseñandome él mismo, y presentandome bajo su direccion y patrocinio. Ramirez no tiene ya reputacion sino en la provincia, pero ántes era algo apreciado en el mismo Madrid.

Comenzó á pintarme la vida del teatro con sus colores mas risueños y brillantes; me habló de gloria y de lujo, de aplausos, de triunfos de placeres.. encareció mis talentos, y me prometió un porvenir como el de las damas que envidiaba, y cuyos

vestidos de duquesa ó de odalisca, me habian mas de una vez hecho suspirar involuntariamente.

Yo veia entónces la existencia de los cómicos á través de un velo, que desfigurando las sombras, dejaba á mi imaginacion la libertad de adornarla con todos los atractivos y los trofeos de ensueño novelesco.

Si la hubiera conocido claramente tal vez me decido mas pronto. Esa esclavitud en que se vive con el público, en medio de la independecia que nos da la escomunion de la sociedad; esa mezcla de placeres y pesadumbres, de miseria y de lujo; la rapidez de los cambios; la ilusion de un momento, con la dureza de la realidad, forman contrastes sensibles y atractivos, capaces de fascinar una alma nueva, una imaginacion acalorada.

Mi primer papel fué de reina: una de aquellas reinas de quince años, que saliendo de un bastidor dicen dos palabras, levantan la mano para señalar el camino, y desaparecen magestuosamente por el bastidor de enfrente seguidas de sus damas de honor, sus vasallos y sus pages.

Ramirez me dió la entonacion de las pocas palabras que iba á decir; me enseñó á andar, á voltear la cara con altivez, á estender el brazo con solemnidad, á manejar en fin, con despejo y soltura el pañuelo y la cola del vestido.

Cuando ví el rico traje que me preparó, no cabia de alboroto, se me reventaba el corazon.

El primer dia de ensayo en el teatro, sentí una

revolucion bien estraña. Un teatro visto de dia á la media luz que le presta una alta ventana, con la suciedad de las tablas, los remiendos del cotence, las hoquedades vacías de los palcos, es un esqueleto, un panteon horrible, con su frio, su humedad, su silencio.

Es el primer contraste y el mas simbólico de la vida cómica.

Sin embargo el deseo apagó aquella impresion desagradable, y no pensé sino en mi estreno, y en los aplausos que me esperaban.

Cuando el primer dia de ensayo me llamó el director para ponerme en escena, con la misma rigidez severa de un marino mandando la maniobra, sentí una especie de temor, me ofendí, creyendo que no me queria, y me maltrataba á propósito.

Llegó el momento.

El apunte me dió la salida empujándome; adelanté unos pasos, y el foro comenzó á girar, las piernas me temblaban, mis ojos se oscurecian.... todos me clavaban con la vista, y la vergüenza asomaba á mis megillas... tostandolas. Maquinalmente pronuncié mi papel, y corrí á esconderme tras de un bastidor....

—Mas aplomo, niña, mas aplomo—me dijo sonriendo el director, reconduciendome de la mano al lugar de la salida para repetir la escena—No hay que precipitarse; es vd. una reyna.

Esta palabra me tranquilizó un poco. Volvimos

á repetir el ensayo, y á la tercera vez quedaron satisfechos de mí.

Esto no me bastó: yo seguí los estudios en mi casa. Me ponía frente al espejo y ensayaba veinte veces los movimientos, los gestos: entonaba las cuatro palabras que iba á decir... eso sí, con miedo de que me oyesen: razon por la cual me encerraba, y espía para que no me sorprendieran.

La noche de la representacion estaba yo inquieta, prócsima á arrepentirme. Los preparativos me disiparon, y comencé á vestirme ayudada de otras diez que acudieron á celebrar mi estreno, inclusa la primera dama de la compañía que me hizo mis cariños, y me prendió bien un alfiler.

Estaba yo radiante de hermosura. Mis ojos estaban húmedos y rutilantes; un continuo bochorno encendía mis mejillas, y le daba à mi semblante aquel aspecto halituoso que revela la agitacion, y se hace sensible desde léjos.

Al comenzar la orquesta me dió un vuelco el corazon, y no oía sino un ruido sordo y confuso, un rumor violento como el del huracan. Ni oía lo que me hablaban, ni comprendía lo que miraba.... Estaba yo loca, deliraba.

Al lanzarme al foro, las piernas me temblaron; tenía las fauces áridas, me sofocaba..... al ver al público alumbrado por los mil quinqués de la lámpara me quedé ciega... me iba á desvanecer..... un dolor agudo que sentí en la cintura como si estuviera agobiada de fatiga me despertó violentamente,

y haciendo un esfuerzo desesperado, hablé, levanté la mano, y fuí á perderme tras de un bastidor.....

Ramirez me esperaba allí: al caer desfallecida en sus brazos me dió un beso, que apenas sentí.

Ni un bravo, ni un aplauso, cuando yo me habia esperado ver desplomarse el techo á la vibracion del entusiasmo. Un murmullo sordo fué lo único que percibí al salir..... Celebraban mi belleza; pero yo lo tomé de pronto por un desaire.

¿Este es el teatro? ¿esta es la gloria?—me pregunté á mis solas en medio del silencio de mi recámara.

Aquella noche no soñé: solo desperté dos ó tres veces en sobresalto, sintiendo caerme desde una torre. Acababa de despertar con trabajo disipando un malestar inesplicable, y volvía á adormecerme.

A la siguiente mañana declaré á Ramirez que no volvería á presentarme en el teatro. Conociendo el origen nada me replicó.

En la tarde me trajo un periódico donde por incidencia se habla de mi hermosura.

Esto me reconcilió, y ya tuve valor para darle mis quejas y manifestarle mis dudas.

—Aquel murmullo.....

—Aquel murmullo lo tienes esplicado en este escrito: te vieron tan bella, que se sorprendieron.

—¿No me engaña vd?—le pregunté ruborizandome.

—Aquí tienes la prueba.

La comedia se repitió varias veces, porque era bonita.

—¿Tanto como tú?—le pregunté.

—Dejate ahora de chanzas.....

—Vaya: prosigue.

—La comedia se repitió, y yo perdí el miedo á la salida; tuve valor para ver frente á frente á esa fiera de mil cabezas que llaman público, y prolongué cuanto pude mi estancia en la escena para dejar contemplar mi cara, mi talle, y mi vestido.....Aún lo conservo como un recuerdo.

Insensiblemente me fué comprometiendo Ramirez á hacer otro y otros papelitos. Me resistia al principio, despues me fuí habituando, y aun comen zaba á tomarles gusto.... Se lo daba yo á él, y esto me satisfacía.

Por fin arranqué un aplauso. Los amigos de Ramirez, y mi palmito de quince años, me conquistaron el triunfo. Me embriagó sin embargo y creí en la gloria.

Este fué el momento escojido por Ramirez.

Una noche teniendome en sus brazos, despues de haber vuelto del teatro me dijo:

—Lola, ¿me quieres?

—Con el alma.

—Pero es que mi amor no es el de un hermano, el de un amigo; es algo mas ardiente y mas delicioso mi afecto.... Te amo como tu amante.

Al oirlo me estremecí. Yo le tenia un afecto casi filial, y aun me reprendia los deseos sensuales que solian despertarme sus cariños.

Bajé los ojos y no pude responder.

¿Para qué me hizo aquella declaracion? ¿No pudoirme conduciendo por medio de la sensualidad hasta precipitarme en un momento de fiebre, para evitarme siquiera los remordimientos?

Muchos dias no tuve otra idea fija mas que la criminalidad de aquellas relaciones, y aun pensé abandonarlo; pero le debia la vida; le debia tanto, que me pareció una ingratitud.

Y al fin—llegué á reflexionar—¿no puede el matrimonio legitimar esta pasion? Sí, todo se lo debo á él; ¿por qué no he de consagrarme á él? Casi tiene derecho de esigirlo en cambio de los placeres que me ha hecho conocer.

Ramirez percibió que yo no lo repugnaba sino bajo cierto aspecto. Sus instancias tomaron un carácter dulce, tierno, interesante, y redoblando sus cuidados, sus regalos y sus atenciones, procuró rodearme de una atmósfera escitante.

Me llevaba flores, me cargaba de esencias; me sacaba á los espectáculos, me daba á leer ciertas comedias; en fin, me ponía una mesa especiada y salpicada de esquisitos licores.

Me creia obligada, tenia quince años, era de fuego, y vivía sola con él....

—¡Oh!.....

—¡Oh!... El pudor nace de la esperiencia, y la virtud del ejemplo. ¿Y qué sociedad me daba el ejemplo? ¿mis compañeras que tenian diez amantes, que se vestian y se desnudaban delante de todos?...

Caí en sus brazos no atraída por él, ni narcoti-

zada por un afecto, sino precipitada con violencia por la ocasion y mi temperamento. No sentia yo placer en sus brazos, sino un delirio, un frenesí fatigante y casi doloroso.

Cuando me quedaba sola y reflexionaba, sentia los resabios del deleyte, un principio de disgusto me ponía de mal humor.

Pero volvía yo à verlo, á sentir sus provocaciones, y como se envicia uno comiendo una fruta seca y picante, aunque sienta los labios escocados y las fauces ardientes, me arrojaba, buscaba yo misma la ocasion hasta hallar la saciedad.

A cabo de algunos meses se calmó este vértigo en que nos hundiamos. Las fuerzas nos faltaban, y el fastidio comenzaba á asaltarme.

Pero mi tez adquirió la transparencia y la suavidad de la seda; á la dureza de mis formas sustituyó la morbidez y la blandura; adquirí en fin la perfeccion y la magestad del completo desarrollo.

Observa que las mugeres somos como las rosas. En la mañana brota una flor bellísima; pero su colorido es chillante, sus hojas están apiñadas, sus formas todas y hasta el mismo tallo tienen una rigidez desagradable. Las baña el sol un rato y entónces sus tintes adquieren una suavidad perfecta, las sombras son blandas; el cáliz se ensancha en toda su fuerza, y en vez de un aroma picante se percibe la frescura y la fragancia mas delicadas.

A mí tambien me habia abrasado el sol del amor, del placer si tú quieres, y muger completa, mi ta-

lle adquirió flecsibilidad y elegancia, mi aspecto dignidad, mis ojos altivez y espresion—Flor de primavera en vísperas de marchitarme..... Tengo 23 años.

—Es muy temprano.

—Para la vejez sí; pero no para perder los atractivos de la juventud.

—Aún te faltan mas de diez años de gozar y de lucir.

—Sí; pero es, porque á medida que adelanta la edad, las gracias personales se van sustituyendo con la perfeccion moral, con la adquisicion de nuevas cualidades, y el desarrollo del talento; miéntras por una parte se agotan los recursos físicos, el ingenio se refina, y aprende una á utilizar todo lo que tiene. La compensacion, en fin, mantiene la vida y el valor de una muger hasta que llega la edad de retirarse.

—Bien, bien filosofado.

—Prosigo mi historia.

Al año siguiente á mi estreno me ajustó la empresa de Ramirez.

Tuve un círculo de accion y de esperiencia mucho mas estenso. Comenzó la galantería, las seducciones, las intrigas; y siendo aplaudida algunas veces, gracias á mis ojos negros, comencé tambien á sentir los efectos de la envidia y del mal corazon de mis compañeras.

Pero Ramirez bregaba con todas sus fuerzas, y utilizando sus relaciones, sus amistades, su influen-

cia, su saber en el arte, me hacia adelantar poco á poco.

Al segundo año fuí segunda dama; al tercero una casualidad me libró de mi competidora, y en fin, llegué á ser la dama jóven favorita del público, no por mi talento, tengo bastante franqueza para confesarlo, sino por la moda y mi belleza.

¿Qué quieres? he tenido la desgracia de ver la gloria por un lado bien desagradable, y no me conmueve, no me inspira.

Pero aprendí á coquetear, á guiñar los ojos, á morder á mis compañeras y minar su reputacion, á vivir en fin con la inteligencia, y conocer el mundo, aprovechando las lecciones que me daban.

Entre tanto Ramirez decaia; tiene ya 50 años, su voz está cansada, y se ha vuelto disipado y flojo como todos los jugadores. Madrid comenzó á desecharlo, y yo no tuve bastantes fuerzas para sostenerlo.

Entónces, hace tres años, comenzamos á recorrer la provincia, donde él todavía pasa por un buen actor, y yo pude formarme con los elegantes de pueblo, una tropa fiel que nos aplaude, nos solicita y nos regala.

En fin, llegamos á Búrgos, me enamoré de Guillermo, y esta tarde que Ramirez nos encontró juntos iba á matarme.... Esta es mi historia.

—¿Toda?

—Toda..... la que puedo contarte.

—Luego me reservas algo.

—Al fin eres público y no cómico. Mas que vergüenza, tengo miedo de contartelo.

—¿Y si yo lo adivino?

—Entonces.....

—¿Sabes? dejemos esto por ahora. La conversacion me ha distraido un poco. Salgamos un rato á pasear la luna, que parece estar hermosa.

—Vamos.....

—¿Podremos encontrar á Guillermo en el paseo?

—¿Tienes miedo, ó crees que te engaño?—me preguntó llena de enojo.

—¿Miedo? de nadie, pero tengo derecho á saberlo, á lo ménos en este caso.

—Bien.....y te agradezco la franqueza. No lo encontraremos, y en todo caso tú me mandas por el momento.

Me lisonjeó la respuesta, pues siquiera encontraba yo una muger que con todo y cómica respetaba las fórmulas, si no es que conocia y cumplia sus deberes.

Paseamos mas de dos horas y hablamos poco.

La tranquilidad y la frescura de la noche nos absorbía en meditaciones profundas.

Volvimos tarde, y aún no llegaba Ramirez.

—Estará jugando—me dijo Lola.

—¿No tienes miedo de quedarte sola?

—¿Por qué?

—Si te quiere otra vez matar.

—No tengas cuidado....Matarme él seria suicidarse. Hasta mañana—tendiendome la mano.

—Hasta mañana—le respondí estrechandola.



Esta historia no estaba completa; sin saberlo lo sospechaba; pero aún no quería yo creerlo, ni tenía ocasión de confirmar mis sospechas.

Uno de tantos días iba yo para la casa de Lola. Cincuenta pasos adelante iba Ramirez, y entró á su casa cuatro ó cinco minutos ántes que yo. Al entrar en el zahuán salía uno de mis amigos, pálido, asustado.

—¿Qué tienes?

—Nada: entra pronto; y despues te espero en el café.

Matanza tenemos—dije entre mí—los sorprendió. Y apresurando el paso sin llamar á ninguna puerta entré hasta donde los hallé

Nada me anunciaron sus semblantes perfectamente tranquilos: Lola estaba con un papel en la mano, y Ramirez salió á pocos momentos de la recámara.

Interrogué á sus ojos, al acento de su voz, á sus palabras, á los muebles; nada me respondian, estaban mudos. ¿Llegará á tanto su disimulo?....

Cuando pasó un rato y los ví en calma perfecta, me levanté para ir á buscar á mi amigo en el café.

—¿Qué te sucedió?—le pregunté al verlo.

—¿Qué hubo?—me preguntó él con increíble inquietud.

—Nada: ¿qué te sucedió?

—Que me ha sorprendido casi á los piés de ella.

—¡Oh!.....

—Y casi sin hablarle me he salido: creí que iba á armar un escándalo.

—Hombre, yo creo que no ha visto nada. Los he dejado tranquilos, y al entrar no he oido voces. no he percibido la menor cosa que pueda indicar..

—¡Imposible! Habrán disimulado delante de tí

—Habrán disimulado.

—Si al verlo casi me he levantado del suelo.

—Pues no comprendo. ....

—Oye; vuelve á la tarde y observa, informate.

A poco rato nuestro hombre entró en el café. Al verlo venir mi amigo se puso pálido otra vez, aunque procuró serenarse y mostrar sangre fria.

Ramirez con la mayor indiferencia se acercó á nosotros, nos dió la mano, y entabló una conversacion tirada; ni el menor gesto indicaba el disimulo de un pensamiento oculto—¿Será un hombre rencoroso, ó un necio?

En la tarde procuré informarme de los criados: ni ellos habian notado el mas leve disgusto.

—¿Es zeloso Ramirez?—le pregunté á Lola al siguiente dia.

—No.

—¿No? ¿Pues por qué iba á matarte el otro dia?

—Porque me halló con Guillermo.

—Luego es zeloso.

—No.

—Entónces no lo entiendo.

—¿No decias que ibas á adivinar mi historia?